

# OVIDIO. - METAMORFOSIS

LIBRO X, vv. 1-85

Versión de Amparo GAOS y Rubén BONIFAZ NUÑO

**D**ESDE allí Himeneo, velado con manto de púrpura,  
 por el aire profundo se aleja, y a las playas Ciconias  
 tiende, y es en vano llamado por las voces de Orfeo.  
 Aquél asistió, por cierto; pero no solemnes palabras  
 ni rostros alegres ni presagios felices produjo.  
 Aun la antorcha que tuvo chispeó por el humo lloroso  
 siempre, y sus movimientos no causaron llama ninguna.  
 Fué más dañoso el fin que el auspicio, pues a la esposa reciente  
 la mordedura mató de una sierpe, en el pie recibida,  
 mientras con un grupo de náyades paseaba en la hierba.  
 Después que el poeta de Rodope ante los vientos más altos  
 asaz la lloró, para que no sufriera las sombras  
 osó descender a la Estigia por la puerta Tenaria.  
 Y entre pueblos sin peso y fantasmas que el sepulcro dejaron,  
 a Perséfone fué, y al señor de las tinieblas, que tiene  
 espantosos reinos; y, pulsadas para el canto las cuerdas,  
 les dice: "Oh dioses del mundo bajo la tierra fundado,  
 al que venimos a dar por lo que mortal poseemos;  
 si está permitido, sin los rodeos de falso lenguaje,  
 si dejáis que diga la verdad, hasta aquí no he bajado  
 para ver el Tártaro negro, ni a sujetar la garganta  
 triple del monstruo Meduseo, erizada en culebras;  
 el motivo del viaje es mi esposa, en quien una serpiente  
 difundió su veneno, los años crecientes cortando.  
 Poder soportarlo quise; lo procuré, no lo niego.  
 Amor venció. Es conocido este dios en las altas regiones,  
 no sé si aquí lo será; pienso que lo es, sin embargo;  
 si el antiguo rapto no ha sido invención de la fama,  
 Amor os unió. Por estos sitios poblados de miedo,  
 por el caos ingente y el silencio del reino asolado,  
 retejed, os ruego, los hados presurosos de Eurídice.  
 Todo está destinado a vosotros; demorados un poco,  
 al mismo lugar corremos, más temprano o más tarde.  
 Todos venimos a esto; esta es nuestra última casa.  
 Reinos inmensos tenéis vosotros, de origen humano.  
 Sobre ella también, cuando hubiera cumplido, madura sus años,  
 tendrías derecho. El don de su presencia pedimos.  
 Que si los hados niegan la venia a mi esposa, por cierto  
 no quiero yo regresar. Gozaréis con la muerte de ambos".  
 Las pálidas almas lloraban por el que esto decía  
 moviendo para el canto las cuerdas. Y las ondas errantes  
 Tántalo no persiguió, y la rueda de Ixión se detuvo,  
 y no rasgaron las aves el hígado, y libres las Bélides

*de las urnas fueron, Sísifo, y tú descansaste en tu roca.  
 Es fama que entonces el llanto el rostro mojó de las Furias,  
 con el canto vencidas; y ni la cónyuge regia  
 ni el que rige el abismo pudieron negarse al que hablaba.  
 Eurídice fué llamada; estaba con las sombras recientes  
 y adelantó con pasos que retardaba la herida.  
 Con la condición de que atrás no volviera los ojos  
 mientras no dejara del Averno los valles, Orfeo  
 la recibe; nulos serían, si no, los dones futuros.  
 La senda que sube escarpada, oscura, densa de opacas  
 tinieblas, fué recorrida en medio de inerte silencio.  
 Y no estaban lejos los bordes de la tierra elevada.  
 Y temiendo que la amada se fuera, y ansioso de verla,  
 volvió el amante los ojos, y al instante aquélla se vuelve.  
 Tendiendo los brazos, cierto de asir y de ser abrazado,  
 no pudo alcanzar, el triste, más que los vientos furtivos.  
 Y la que ya muere de nuevo, no se quejó de su esposo  
 (¿pues de qué, sino de ser amada, podría quejarse?)  
 Y el adiós supremo que apenas, ya, le llegó a los oídos,  
 le dijo, y al mismo lugar se tornó regresando.  
 Por la doble muerte de su esposa, Orfeo quedóse aturdido,  
 al modo de aquel que, cobarde, vió tres cuellos de perro,  
 —encadenado el del centro—, y a quien el pavor no dejara  
 antes que la antigua natura, la carne en piedra cambiando.  
 O tal como Oleno, que se hizo culpable del crimen  
 tuyo, desdichada Letea, en tu belleza confiada:  
 hoy vuestros pechos, tan juntos, son piedra que el Ida sostiene.  
 El barquero apartaba al que en vano, queriendo el regreso,  
 rogaba; éste, sin embargo, sucio, en la orilla sentado  
 estuvo por siete días, ajeno a los dones de Ceres:  
 cuidados, y llanto, y dolor del alma, alimentos le fueron.  
 Llorando porque los dioses del Erebo eran crueles,  
 al alto Rodope se fué, y al Hemo que agitan los cierzos.  
 Tres veces había cerrado el sol en los peces del cielo  
 el año completo, y Orfeo se apartaba de todo  
 amor de mujeres; ya porque mal, para él, resultara;  
 ya porque lo hubiera jurado. Muchas, no obstante, quisieron  
 unirse al poeta: rechazadas doliéronse muchas.  
 El fué también quien al pueblo enseñó de los Tracios  
 a buscar amor en niños, y a coger las flores primeras  
 antes de la juventud, primavera fugaz de la vida.*

